

## PEDRO DE STAUFFENBERG.

A medida que se sube por el valle del Murg, el país es mas agreste y salvaje. El riachuelo, todo lleno de tablas, vigas y árboles apenas despojados de sus ramas, corre hácia el Rhin, al que va á llevar el tributo de la Selva Negra. Se creeria viajar por uno de los bonitos desfiladeros del Oberland y del Delinado. Las decoraciones de la Opera cómica han desaparecido para dar lugar á una naturaleza grande y bella.

Guernsbach es en cierto modo la capital de aquel pequeño rincón de apartada tierra; es una linda ciudad de dos mil habitantes próximamente, llena de actividad, cuya industria consiste en el serrage de las tablas que le proporcionan los magníficos abetos de la Selva Negra. Al extremo de la gran calle, ó mas bien de la única calle de que creo se compone, se encuentra un sendero que conduce al antiguo castillo de Eberstein; esta era la residencia de los antiguos condes de este nombre, que en el siglo X se aliaron con la familia imperial. Hé aqui con qué motivo.

En 938, habiendo batido el emperador Othon en Alsacia á Giliberto, duque de Lorena, y deseando reducir bajo su obediencia á los condes de Eberstein, que habian adoptado el partido del vencido, resolvió, para conseguir el fin que hacia difícil la situación admirable del castillo, anunciar un gran torneo en Spira: nadie dudaba que los tres condes de Eberstein, atraídos por el deseo de mostrar su valor y destreza, responderian al llamamiento que hacia á la nobleza de Alemania, y que entretanto le seria fácil apoderarse del nido, estando fuera de él las águilas. En consecuencia todo se preparó, y quedó convenido que durante el baile que seguiria al torneo se intentaria la espedicion.

Como lo habia previsto el emperador, los tres condes no fueron los últimos en ir á Spira; el mayor ganó el premio el primer día, y fué coronado por mano de la princesa Hedwige, hija del rey Enrique y hermana del emperador. Esta victoria le dió ademas el derecho de empezar por la noche el baile con ella.

El conde de Eberstein era tan bello como valiente, y tan galán como bello; resultó de aqui que la princesa Hedwige, al ver un caballero tan perfecto se enamoró de él. Por su parte, el conde la habia encontrado muy hermosa; pero jamás se hubiese atrevido á esperar tan elevada alianza; de modo que juró ocultar aquel amor en su pecho.

Mas hé aqui que bailando con la princesa Hedwige, le dijo esta:

—Tened cuidado, conde de Eberstein, mien-

tras vos sois aquí vencedor, acaso sois vencido en otra parte. Esta misma noche, por sorpresa, deben tomar vuestro castillo.

El conde dió gracias á la jóven apretándola la mano, y terminó su contradanza sin que un solo músculo de su rostro revelase el aviso que habia recibido; luego, cuando la hubo llevado á su sitio, fué á despedirse del emperador, diciéndole, que cansado de la jornada, y deseando estar descansado para el día siguiente, le pedia en su nombre y el de sus hermanos, el permiso para retirarse á las habitaciones que les habian preparado. El emperador mandó que los condujesen á ellas; y en seguida, habiéndose asegurado por sus criados de que estaban ya encerrados, dió orden á sus tropas de que se pusiesen en camino, y volvió á presidir la fiesta.

Mas los tres condes de Eberstein, en vez de acostarse, bajaron por la ventana, y cogiendo sus tres caballos de la caballeriza, partieron á todo galope, y llegaron á su castillo, cuando los que debian atacarle estaban aun lejos.

De modo que cuando los hombres del emperador se presentaron, dos de los jóvenes condes habian tenido tiempo de armarles una emboscada, mientras su hermano mayor los esperaba en lo alto de las murallas. Por consecuencia todos quedaron muertos ó prisioneros, y ni uno escapó para llevar la noticia del desastre á Spira.

Mas en lugar de celebrar su victoria con fiestas y estrépito, los condes de Eberstein condujeron silenciosamente los prisioneros á los subterráneos del castillo, y habiendo despojado á los imperiales de sus vestidos, disfrazaron con ellos á sus soldados, y los colocaron á la puerta para hacer creer que el castillo habia sido tomado.

En efecto, al amanecer, llegó Othon con una escolta compuesta únicamente de doce de los caballeros mas de su intimidad, y viendo desde lejos su bandera imperial que flotaba en lo mas alto de las torres, batió palmas, y puso su caballo á galope exclamando: ¡Hurra! Eberstein está tomado.

Al verle, los soldados que habian recibido su consigna agitaron sus armas, y gritaron ¡Viva el emperador! De modo que no sospechando nada, entró Othon con su escolta en el patio del castillo.

Mas entonces cambiaron las cosas de aspecto; cerróse la puerta tras el emperador, los soldados de los tres condes salieron de todas partes armados, y Eberstein mismo se adelantó, con su casco en una mano y la espada en la otra, de modo que llevaba la cabeza y la espada descubiertas:

—Señor, dijo, es inútil que hagais ninguna resistencia; todos vuestros soldados han sido muertos ó hechos prisioneros, y vos mismo lo sois mio.

Entonces el emperador, viendo que lo que

le decia el conde era cierto, quiso tratar de su rescate y le ofreció llenar con monedas de plata los cascos de los soldados, y con monedas de oro los cascos de los oficiales. Verdaderamente era un rescate imperial el que ofrecia, porque habia enviado para tomar á Eberstein doce oficiales y trescientos soldados.

Pero el conde de Eberstein le contestó que no necesitaba nunca oro ni plata mientras tuviese hierro y acero.

Entonces el emperador le ofreció darle en propiedad, y sin que dependiese de nadie, todo el valle del Murg, desde el sitio en que nace hasta el en que desemboca en el Rhin.

Pero el conde Eberstein le respondió que era bastante poderoso, puesto que aunque no poseia mas que un castillo, tenia en aquel castillo prisionero á su emperador.

El emperador, viendo que sus ofertas eran rehusadas, le dijo que fijase él mismo el rescate que quisiese, y que ese rescate, cualquiera que fuese, le seria concedido.

Al punto el conde Eberstein arrojó á un lado su casco y su espada, y poniendo una rodilla en tierra ante el emperador

—Señor, le dijo, os pido, no á título de rescate, sino á título de súplica, una cosa mas preciosa que todo el oro del mundo y todas las tierras del imperio. Pido la mano de la princesa Hedwige.

El emperador quedó por un momento pensativo; pero conociendo al punto que jamás encontraría para su hermana un caballero mas valiente y desinteresado que el conde de Eberstein

—Levantaos, hermano mio, le dijo, é id cuando querais á Spira á recordarme la palabra que os doy, y el día en que vayais, tendreis el premio del rescate.

Y ocho dias despues, el conde Eberstein abria de nuevo el baile con la princesa Hedwige, pero esta vez era él quien hablaba en voz baja, y menos dueña de sí que su prometido, todos podian, dice la crónica, adivinar en su rubor lo que la decia.

Un descendiente del conde Eberstein y de la princesa Hedwige, fué el que perseguido por el conde Everard de Wurtemberg, antes que caer en manos de su enemigo, obligó á su caballo á saltar desde lo alto de la roca sobre que está situado el castillo, es decir, desde una altura de setenta pies, y quien, por una casualidad milagrosa, no habiéndose hecho daño alguno atravesó el Murg y se escapó. Todavía hoy se enseña al viagero el sitio desde donde se lanzó, y la tierra donde cayó, y el espacio que atravesó se llama el Salto del Conde.

Como el aspecto del valle era magnífico tomado desde aquel punto de vista, hicimos llevar allí nuestra comida: una desventurada botella de vino del Rhin, la última que teniamos, y que conservábamós con el mayor cuidado, por ser original del mismo Johannis-

berg, rodó por la pendiente de la roca, y dió el mismo salto que el conde, pero menos feliz que él se hizo mil pedazos.

A cosa de las tres, nos volvimos á poner en camino y bajamos de Eberstein por Stauffenberg; aqui habia tambien en otro tiempo un magnífico castillo del que todavía se ven algunos restos. Pero despues de la muerte del último conde, no atreviéndose nadie á habitarle, porque estaba ocupado, segun decian, por fantasmas, el castillo se arruinó. Hé aqui la aventura que dió lugar á esta creencia, todavía tan admitida hoy que á cierta hora prefieren los habitantes del valle dar un rodeo de media legua á pasar cerca de sus ruinas.

Pedro de Stauffenberg era el último de los condes de este nombre, mas á pesar de eso, no prometia la raza extinguirse en él, porque era un hombre de buena presencia, lleno de juventud y de fuerza, y uno de los mas valientes caballeros de todo el Rhingán.

Como en aquel momento se gozaba tranquilidad en las posesiones del imperio, Pedro habia depositado el casco y la coraza, y no pudiendo hacer la guerra á los hombres, se la hacia á los jabalies y venados del valle del Murg, cuando una noche, despues de una larga y fatigosa cacería, abrasado de calor y de sed, se acordó de una encantadora fuente en la que muchas veces habia apagado su sed; la fuente no debía estar lejos del sitio en que se encontraba, puso su caballo á galope, y oyendo á poco el murmullo del agua, saltó de su caballo, y atándolo á un árbol del camino, entró á pié en el bosque.

Apenas dió algunos pasos vió la fuente que buscaba, mas fresca y deliciosa que jamás la encontró y porque era en esa hora encantadora de la noche en que el rocío cae sobre la tierra y el vapor sube al cielo.

Pero esta vez la fuente no estaba solitaria como de costumbre: una preciosa jóven, que tenia al parecer quince ó diez y seis años á lo mas, estaba echada á su orilla, con el extremo de sus pequeñitos pies pendientes en el manantial, sosteniendo con su mano su cabeza coronada de flores, y mirando melancólicamente correr el agua. Al verla Pedro de Stauffenberg se detuvo, creyendo era una vision que tenia ante los ojos, porque jamás habia encontrado cosa semejante en la tierra.

Pero al ruido que hizo, la jóven levantó los ojos, y cogiendo de su lado una concha que parecia hecha de plata y lapis-lázuli, la llenó de agua y se la presentó al caballero, quien mirándola habia olvidado todo, calor, fatiga y sed. El caballero levantó la cabeza, bebiendo, mas cuando bajó los ojos y dirigió la vista hácia el sitio donde estaba la jóven, nada vió. En el sitio donde ella estaba; no parecia pisada la yerba, y las flores mas menudas estaban en pié en sus tallos llenas de frescor y humedecidas por el rocío; únicamente le pareció ver el agua agitada encaimarse poco á poco, como

si la bella desconocida se hubiese dejado deslizar en la fuente; pero cuando el agua quedó en calma, ya no hubo ninguna huella de su presencia, y á no ser por la bonita concha de lapis-lázuli y plata que tenía en la mano, el caballero hubiera creído que soñaba.

Acaso hubiera permanecido allí toda la noche, esperando á que volviese, si no hubiera oído la bocina de sus monteros, y si su caballo rechinando no los hubiese guiado hácia el sitio donde estaba; pero temiendo que tan gran acompañamiento asustara á la jóven y la impidiese volver, no solo aquella noche sino los días siguientes, salió apresuradamente del bosque, mandó que nadie fuera á beber á la fuente, y emprendió con toda su gente el camino del castillo.

Al día siguiente no quiso beber el conde mas que en su bonita copa de nácar; pero aunque su vino era de las mejores tierras del Rhin y del Mosela, estaba lejos de parecerle tan bueno como aquella agua pura del manantial, que le habia presentado la bella desconocida.

Por la noche, á la misma hora, Pedro de Stauffenberg salió solo de su castillo y se dirigió á la fuente: en el mismo sitio vió tendida á la jóven, quien al descubrirle, le saludó con dulce sonrisa. Su alegría fue grande, porque la vispera habia desaparecido sin darle ninguna esperanza de volver. La desconocida le hizo seña de que se sentara junto á ella, como si le hubiese esperado, y entonces el conde le preguntó cual era su nombre y donde vivia.

—Me llamo Ondina, respondió la jóven, y vivo cerca de aquí; frecuentemente os he visto venir á apagar la sed á esta fuente, y hé aquí porque os conocia.

Hacia como media hora que conversaban, cuando un corzo que sin duda iba á beber á su favorito manantial, hizo algun ruido; el caballero temiendo que fuese algun indiscreto, se volvió á mirar del lado donde se oia el ruido: mas cuando tranquilizado acerca de la causa quiso reanudar la conversacion con Ondina, Ondina habia desaparecido, y como la vispera, el agua removida le indicó que por aquel lado habia huido.

Como la vispera tambien permaneció el caballero un largo tiempo esperando, mas nadie volvió á aparecer, y pasado cierto tiempo, se vió obligado á marcharse; sin embargo, no quiso dejar la fuente sin beber por segunda vez de aquella agua que le habia parecido tan sabrosa la primera, y como no tenia allí su bonita copa, se tendió en la orilla y aproximó su rostro á la superficie del agua; pero en lugar de verse retratado en el espejo de la fuente, le pareció que era la imágen de Ondina la que tenia enfrente, y cuando su boca tocó al agua, en lugar del contacto húmedo que esperaba, sintió la abrasadora impresion de dos labios: Pedro de Stauffenberg exhaló un suspiro de amor; un suspiro de amor que parecia salir

del profundo manantial respondió al suyo; los amantes habian cambiado su primer beso.

Pedro de Stauffenberg volvió al castillo casi ébrio de felicidad. En toda la noche pudo dormir, sentia sin cesar en sus labios la impresion de aquel ardiente beso, y se reprendia no haber perseguido á Ondina hasta el fondo de su retiro; luego por la tarde hacia mil proyectos á cual mas insensatos: á cada momento miraba al sol, porque la noche no llegaba.

Llegó al fin la noche. Pero mucho antes de la hora en que tenia costumbre de encontrar á Ondina, Pedro de Stauffenberg estaba junto á la fuente; pero la fuente estaba solitaria, y el pobre caballero se desesperaba, cuando de repente creyó oír un suave canto que salia del fondo del agua, y entre los lirios que cubrian la corriente del arroyo, vió aparecer la rubia cabeza de Ondina; hizo un movimiento para precipitarse hácia ella, pero la jóven le detuvo con una seña, y marchando sobre las anchas ojas de las plantas acuáticas que el peso de su cuerpo no hacia doblegar, llegó á la orilla, cosa estraña, sin que el agua, que se deslizaba por su cuerpo en gruesas gotas semejantes á perlas, mojase al parecer ni sus cabellos ni sus vestidos. Luego que estuvo junto al caballero, se sentó como lo habia hecho la vispera; Pedro se puso de rodillas ante ella, la cogió las manos, y la miró tan tiernamente que no habia lugar á equivocarse acerca de los sentimientos que le inspiraba. Ondina sonrió, y despues de un momento de silencio durante el cual le miró con la misma ternura:

—Si, me amais, le dijo, porque aunque guardais silencio, leo en vuestro corazon; y yo tambien os amo; una hija de los hombres os hubiese hecho esperar esta confesion, y acaso yo hubiese obrado bien imitando á la hija de los hombres, pero, ya lo habeis visto, soy de otra naturaleza que la vuestra, y trasparente como el palacio de cristal que habito, no sé ocultar nada.

—¡Oh! qué feliz soy, exclamó el caballero, porque os amo lo que no puede decirse, y esto desde el primer día que os he visto, y para siempre.

—¿Para siempre? murmuró Ondina, ved lo que decís, porque nosotras hadas de las aguas, no concedemos nuestro amor mas que con nuestra mano, ni nuestra mano sino con nuestro amor; y como somos inmortales, el juramento que hacemos nos liga por toda una eternidad; ¿os sucederá lo mismo respecto á vos?

—Yo no puedo comprometerme mas que durante mi vida, respondió el caballero; pero mientras me dure, os amaré.

—¿Estais seguro de lo que decís? preguntó Ondina; no hagais imprudentes promesas; ó no comprometais vuestra fé, ó que vuestra fé sea pura como el cristal de esta agua, firme como el acero de vuestra espada; pensad que el dolor que me causarais no seria un dolor momentáneo como el que causan las penas de

la tierra, sino un dolor eterno como los dolores del infierno.

Entonces el caballero puso su mano sobre la cruz de su espada:

—Tan cierto, la dijo, como me es imposible vivir sin vos; del mismo modo me es imposible seros infiel. Puedo morir, pero cesar de amaros, ¡jamás!

—Entonces, soy vuestra, respondió Ondina; fijad vos mismo el día de nuestras bodas, y mañana encontrareis al despertaros la dote de vuestra prometida.

—¡Oh! mañana, mañana, exclamó el caballero, ¿por qué retardar un día el en que seamos felices?

—Mañana, dijo Ondina, porque yo tengo tanto deseo de ser vuestra, como vos de ser mio. Pensad únicamente esta noche en el compromiso que aceptais; mañana por la mañana aun será tiempo de veros libre de vuestra palabra; mañana por la noche estaremos unidos para siempre.

—¡Oh! ¡que no sea ya mañana por la noche! exclamó el caballero estrechando á Ondina contra su pecho; pero ella desprendiéndose de sus brazos, se puso en pié, y en seguida, inclinándose como una flor encorbada por el viento, depositó en los labios del caballero otro beso mil veces mas voluptuoso que el del día anterior; y marchando de nuevo sobre las anchas hojas de los lirios, hasta que llegó al sitio en que el manantial era mas profundo, se sumergió lentamente, saludando al caballero con su sonrisa y con la mano, y desapareció bajo las aguas.

Al día siguiente al despertarse, halló el caballero sobre la mesa que estaba en medio de su alcoba tres cestas: una llena de ambar, otra de corál, y la tercera de perlas: Ondina habia cumplido su promesa; aquella era la dote de la esposa. Pero nadie le pudo decir quién lo habia llevado.

El caballero saltó de su lecho y se vistió apresuradamente. Apenas habia acabado de ataviarse, le anunciaron que una porcion de doncellas se dirigian hácia el castillo. Corrió á su balcon, y reconoció á Ondina que se acercaba con la comitiva de una reina. Eran las ninfas de las aguas que le estaban sumisas desde el Necker hasta Kensig; estaban vestidas como ella, coronadas con las mismas flores que ella; sin embargo, á la primera mirada se diferenciaba á la reina de las esclavas. Pedro de Stauffenberg salió corriendo á su encuentro; y como la vispera por la noche habia avisado al capellan, quiso conducirle directamente á la iglesia, pero Ondina quiso aun hablarle antes por última vez, y el caballero la condujo á un gabinete; allí viéndose sola con él, le miró fijamente Ondina y leyendo en sus ojos las mismas promesas de amor:

—¿Habeis reflexionado bien? le dijo.

—No sé si he reflexionado, respondió el caballero, sé que no he pensado mas que en

vos, que no amo mas que á vos, que no amaré á otra.

—Pensad aun otra vez lo que acabais de prometer y lo que vais á hacer; porque si alguna vez vuestro corazon se enfria respecto á mi, ó late por otra, si de cualquier modo que sea me fuérais infiel, por distante que esteis del sitio en que yo me encuentre, sois perdido, y tendreis una seña de vuestra próxima muerte. Este signo será la aparicion de este pie que veis; es la única y última parte que veriais de aquella á quien habeis prometido amarla siempre.

El caballero cayó de rodillas, y besando aquel pie tan lindo que era imposible creer llegase jamás á ser un signo siniestro, renovó el juramento de amar á Ondina hasta la muerte. Ondina era feliz creyendo; quedó, pues, facilmente persuadida, y en aquel mismo día el capellan del castillo unió á los dos amantes.

Su felicidad fué grande, y durante un año aquella dicha, en vez de disminuir, no hizo mas que aumentarse, porque á los nueve meses dió á luz Ondina un hijo hermoso como su madre; pero pasado aquel año, Luis de Baviera, que á solicitud de Eduardo III de Inglaterra, habia declarado la guerra á Felipe de Valois, hizo un llamamiento á todos los caballeros que le estaban subordinados, y como Pedro de Stauffenberg era uno de los mas poderosos, y sobre todo uno de los mas valientes, se adivina que fué comprendido en este llamamiento.

Ondina vió llegar con terror el momento de una separacion, y sin embargo, era demasiado celosa de la gloria de su marido para detenerle á su lado; así que fué la primera á inspirarle el ánimo que le faltaba. Solo si, en su nombre y en el de su hijo le recordó su juramento y el riesgo que habia para él en faltar á él. Todo lo que puede inventar el corazon de promesas tiernas, le hizo Pedro de Stauffenberg: de modo, que Ondina le vió partir, sino consolada, al menos confiada.

Pasó el segundo año, durante el cual Pedro de Stauffenberg dió cima á magníficos hechos de armas, y durante el cual el duque de Brabante dió esplendentes fiestas á toda la corte de Inglaterra que habia ido á Bruselas. El duque de Brabante no tenia hijos varones, sino únicamente una hija de modo, que para asegurar su ducado en su familia, necesitaba un yerno de corazon valiente y de talento. Por su valor habia distinguido á Pedro de Stauffenberg, de modo, que habiendo llamado un día al jóven caballero, se manifestó á él francamente, y le ofreció la mano de su hija y la supervivencia de su ducado. Pedro le dió gracias por el grande honor que queria hacerle, pero le confesó que estaba casado, y le refirió con quién y cómo. Entoncec el anciano conde meneó la cabeza, no porque dudase de ello pues sabia que un hombre como Pedro era

incapaz de mentir, sino porque la cosa le parecía algo diabólica; después, pasado un momento de silencio durante el que se arraigó esta creencia en su espíritu.

—Creedme, mi joven amigo, le dijo, no estais obligado con semejante promesa, algo de magia se encierra en eso.

Dos años antes, Pedro de Stauffenberg hubiese respondido que la única magia que existía era el amor; pero habían pasado dos años desde su matrimonio, un año de posesión y otro de ausencia: le pareció que el anciano podría tener razón. No obstante, respondió al duque de Brabante que en el fondo de su corazón participaba de sus temores, pero que no por eso se creía menos comprometido por el juramento que había hecho. Entonces el duque le propuso recurrir á las luces de monseñor el arzobispo de Colonia, Walrame de Juliers, que era un gran hombre en semejante materia, y Pedro de Stauffenberg, cuya ambición se aumentaba por momentos á espensas de su antiguo amor, consintió en aceptar su arbitraje y prometió sujetarse á él.

Como se calculará, monseñor Walrame de Juliers fué del parecer del duque de Brabante, y aun añadió que semejantes alianzas estaban prohibidas por la Iglesia, y que era hacer una obra meritoria romperlas. Ante semejantes autoridades, Pedro de Stauffenberg, impulsado ya por su deseo secreto, no encontró objeciones que hacer: celebráronse los esponsales, y el matrimonio se fijó para de allí á ocho días.

La víspera del día en que debía verificarse el matrimonio, uno de los vasallos de Pedro de Stauffenberg pidió permiso para hablar á su señor. Iba á anunciarle que siete días antes había desaparecido su muger llevándose á su hijo. El caballero calculó las fechas; el momento de la desaparición de Ondina correspondía minuto por minuto á la hora de los esponsales de Pedro. Con esto quedó mas convencido de que su primer matrimonio era obra de magia, y que había sido juguete de algun demonio que había tomado la forma de una muger para hacerle caer en el lazo. Los poquísimos remordimientos que sentía en conciencia desaparecieron, y se preparó alegremente para la ceremonia del día siguiente.

Llegó por fin el día señalado. Monseñor Walrame dió la bendición nupcial á los nuevos esposos, y después fueron á una casa de campo inmediata donde estaba preparada la comida. Después de comer, debían ir los recién desposados á un magnífico castillo situado entre Lovaina y Malinas, y que era un regalo que el duque de Brabante les hacía.

Estaban en los postres, los mejores vinos del Rhin circulaban en las mayores copas que se habían podido encontrar. Todos estaban alegres y contentos. Pedro de Stauffenberg parecía participar de la alegría general, cuando de repente se fijaron sus ojos en la parte de pared que daba frente á él: un pié, tan

lindo y pequeñito que no podía ser mas que el pié de una muger, salía de la pared, sin que se pudiese ver ninguna otra parte de aquella á quien pertenecía. Pedro recordó la predicción de Ondina y la amenaza que á ella iba unida: por valiente que fuese, se le erizaron los cabellos, y un sudor frio le corrió de la frente, porque el peligro de que estaba amenazado era un peligro desconocido é invisible, un peligro al que no podía hacer frente, y por consecuencia, que debía intimidarle por bravo que fuera.

La visión duró algunos minutos, durante los que los ojos de Stauffenberg permanecieron constantemente fijos en la pared; en seguida desapareció.

Mas cualquiera que fuese la impresión moral producida en el caballero, tenía él bastante poder sobre sí mismo para ocultarla á todas las miradas; nadie se apercibió, pues, del arrobamiento en que su espíritu había caído. Solo sí se chancearon porque cesaba de comer y beber, pero respondió con tal oportunidad y buen humor, que nadie fijó ya en ello su atención.

Llegó la hora de dejar la mesa. El castillo á donde debían ir los recién casados estaba situado á dos leguas próximamente de la casa de campo donde se verificaba la comida. A eso de las once, se levantaron de la mesa, y los convidados, montando á caballo, resolvieron conducir á los dos jóvenes hasta su mansión.

El cortejo se puso en camino: la noche era oscura, y apenas se veía bastante claro para seguir el camino mal trazado que conducía al castillo, cuando al pasar cerca de unas ruinas, se levantó una cosa como una sombra delante del caballo de Pedro de Stauffenberg, que espantado de aquella aparición, dió un bote y echó á correr. Pero como se sabía que el joven conde era excelente caballero, no hicieron mas que reír del capricho de su caballo, y continuaron avanzando, seguros de que no tardaría en reunirse á la comitiva después de hacer entrar su caballo en razón.

Mas no fué así, parecía que el caballo del conde tenía un demonio en el cuerpo; así que no se detuvo hasta después de media hora. Intentó entonces el caballero orientarse, mas no era cosa fácil, porque como hemos dicho, la noche era muy oscura; mas al cabo de un instante, vió de repente iluminarse al horizonte los balcones de un castillo, y no dudó que era aquel á donde debía ir, y donde sin duda habían llegado antes que él los demás. Tomó al punto el camino atravesando tierras, y á medida que se aproximó, reconoció que había calculado con exactitud; no estaba mas que á algunos centenares de pasos, cuando se encontró orilla de un riachuelo.

El caballero volvió los ojos á todas partes para buscar un puente; subió y bajó la orilla en distancia de un cuarto de legua próxima-

mente; pero viendo que no encontraba lo que buscaba, creyó que el río era vadeable, y lanzó en él su caballo.

Mas apenas Pedro de Stauffenberg estuvo en medio de la corriente, la misma sombra que había ya espantado á su caballo salió del agua, y de nuevo se elevó ante él. Al verla se encabrió el caballo, derribó á su amo en el río, llegó á la orilla, y se lanzó hácia el castillo relinchando de terror.

Y de lo que sucedió al caballero nadie supo nada; porque, aunque al día siguiente la huella de las patas del caballo conducían directamente al sitio donde había caído, y aunque aquel sitio se conocía hasta entonces como que no tenía mas que dos ó tres pies de profundidad, se había hecho allí de repente un pozo, cuyo fondo ha sido aun hasta el día imposible saber.

En cuanto al castillo de Stauffenberg, como jamás pudo probarse que el conde había muerto, puesto que no se había encontrado su cadáver, el emperador no creyó que podía disponer de él, sino hasta que el castillo quedó arruinado.

Estas ruinas son las que, segun dicen los aldeanos, están habitadas por Ondina y su hijo.

## BADEN-BADEN.

Llegamos á Baden-Baden, que por la comodidad de las pronunciaciões francesas, llamamos Bade abreviado, á las ocho de la noche, con la intencion de detenernos allí todo el día siguiente.

Doce horas para ver á Bade cuando ha terminado la estación de las aguas, son seis horas mas de las que realmente necesita un viajero concienzudo. Bade en el mes de octubre, es la mina sin los mineros, es la colmena sin las abejas.

Felizmente tenía yo conmigo un joven, amigo amable y de imaginación, conocido de mis lectores, que seis semanas antes, y después de muchas tribulaciones, se me había reunido en Francfort. Como estas tribulaciones no carecen de algun interés artístico, y por otra parte, en medio de ellas encontrarán nuestros lectores lo que en vano buscarían en mí, una pintura de Bade en la estación de las aguas, sustituiré por un momento la prosa de Gerard de Nerval á la mía: como se ve, esto será muy cómodo.

El es, pues, quien habla:

«Bade es el Saint-Cloud de Strasburgo. El

sábado cierran los strasburgueses sus tiendas y se van á pasar el domingo á Bade; esto es muy sencillo: ¿esta circunstancia no quita algo á la aureola aristocrática de Baden-Baden? Las grisetas del jardín Lips codean en el baile del sábado á las condesas de Alemania y las princesas de Rusia, porque la presentación en el *Círculo de los extranjeros*, con que se hace tan gran ruido en Baden, no escluye á nadie mas que á las mugeres con gorra, los obreros con chaqueta, y los soldados.

«Heme aquí, pues, caminando un sábado como un simple strasburgués, pero caminando en posta, á la una, por un camino lleno de carruages. Se trata solo de poder llegar en la misma tarde y poderse vestir para el baile. Atravesamos los mercados; hacemos saltar chispas de lo que sirve de piso en las calles de Strasburgo, simple guijo que el asfalto amenaza invadir. Costeamos el arsenal y seiscientos cañones apilados en los patios como salmones de plomo. Seguimos la isla de verdosas aguas, rodeada de militares que pescan todo el día, cebando sus sedales con langostas, medio económico que rara vez les sale bien. Dejamos á la derecha el monumento de Desaix, esculpido en piedra encarnada, en medio de sauces llorones. Dejamos tambien atrás la aduana francesa, los dos brazos del Rhin, y nos encontramos al fin frente á frente de la aduana de Kehl.

«La aduana de Kehl es un personaje muy bondadoso y de mucha espedición. ¿Y qué podríamos nosotros, efectivamente, introducir en Alemania? Guantes de París, damasco de algodón, blondas, cigarrros de regalia, cachemiras Ternaux. Este sería un comercio poco lucrativo. Verdad es que nosotros tenemos la pretension de introducir allí ideas, pero esto no es tambien mas que una pretension.

«El camino es recto como una vía férrea; en la singular comarca que atravesamos, todo es ó montañas ó país llano; nada de colinas, de accidentes de terreno. Los prados son magníficos; los caminos vecinales, con hileras de árboles frutales, tienen con que escitar el entusiasmo del general Bugeaud. A ratos seguimos el Rhin, que serpentea á la izquierda, y como á la mitad del viage, el fuerte Luis se nos presentaba al horizonte. El camino atraviesa muchas aldeas bastante feas. Después nos aproximamos al fin á esas montañas de color de violeta, que parecen tan próximas cuando se las mira desde lo alto de las murallas de Strasburgo. Estas son las verdaderas montañas de la Selva Negra, y sin embargo, su aspecto nada tiene de terrible. ¿Pero cuando veremos á Bade, la ciudad de las fondas, asentada en el flanco de una montaña, por la que sus casas van trepando poco á poco como un rebaño al que falta la yerba en el llano? ¿Su anfiteatro célebre por sus ricos edificios, no se nos aparecerá antes de llegar? No; no veremos nada de Bade antes de entrar en él. Una

larga calle de álamos de Italia, cierra como el telón de un teatro esa maravillosa decoración que parece la escena preparada de una ópera pastoril. Hay que colocarse en otra parte para gozar de este gran espectáculo. Tomad vuestras entradas para el *Salon de conversacion*; pagad vuestro abono, ocupad vuestro asiento, y entonces, en medio de las galerías de Chahert, oyendo las melodías de una orquesta que toca al aire libre todo el día, podreis gozar del aspecto de todo Baden, de su valle, de sus montañas, si el bondadoso Dios tiene cuidado de encender convenientemente su araña, é iluminar los bastidores con sus hermosos rayos de estío.

«Porque á decir verdad, y esta es la impresión que nos causa al principio, toda aquella naturaleza tiene cierto aire artificial. Aquellos árboles están cortados, aquellas casas están pintadas, aquellas montañas son vastos telones corridos sobre bastidores, por donde los aldeanos bajan por senderos practicables, y se busca en el cielo del fondo si alguna mancha de aceite va á descubrir al fin la mano del hombre y á disipar la ilusión. Se tendrá fe, allí sobre todo, en aquella fantasía de Enrique Heine, que siendo niño se imaginaba que todas las noches había allí criados que iban á arrojar las praderas como si fuesen alfombras, descolgaban el sol, encerraban los árboles en un almacén, y que al día siguiente por la mañana, antes que nadie se hubiera despertado, volvían á poner todas las cosas en su sitio, limpiar los prados, arreglar los árboles, y encendían la lámpara universal.

«Y por otra parte, nada que venga á alterar aquel pequeño mundo ideal; llegais no por un camino pedregoso y lleno de lodo sino por los enarenados paseos de un jardín inglés. A la derecha, bosques, grutas talladas en las rocas, ermitas, y aun una fuente, adornan sin precio, por la escasez de este líquido, que se vende por vasos en todo el país de Baden; á la izquierda un riachuelo (sin agua) que tiene espléndidos puentes y en sus orillas verdes sauces que no desearían otra cosa que sumergir en él sus ramas. Antes de atravesar el último puente que conduce á la posta *Gran Ducale*, se ve la calle del Comercio de Bade, que no es otra cosa que un ancho paseo de encinas, á lo largo del cual se estienden magníficos bazares: osténtanse allí telas de Sajonia en cajas de Inglaterra; cristalería de Bohemia, porcelana, mercancías de las Indias, etc., todas esas magnificencias prohibidas entre nosotros, cuyos atractivos arrastran á las señoras de Strasburgo á crímenes políticos, que nuestros aduaneros reprimen con ardor.

«La fonda de Inglaterra es la mejor de Baden, y su salón comedor es más magnífico que ninguno de los comedores parisienses. Desgraciadamente la gran mesa se sirve á la una (esta es la hora á que se come en to-

da la Alemania) y cuando se llegue más tarde, lo mejor que hay que hacer es ir á comer á la casa de Conversación.

«En general, se come muy bien en Baden, las truchas del Mourgue, son dignas de su reputación. Se come allí la caza fresca y no corrompida. Es un sistema culinario que da lugar á diversas luchas de opiniones. Las chuletas se sirven fritas, los pescados grandes asados en parrillas. La repostería es mediana, los puddings son admirables.

«Ha entrado la noche: grupos misteriosos vagan bajo la sombra y recorren furtivamente los ribazos de césped de las colinas. En medio de un vasto parterre rodeado de naranjos, la casa de Conversación se ilumina, y sus blancas galerías se destacan sobre el fondo espléndido de sus salones. A la izquierda está el café, á la derecha el teatro, en el centro el inmenso salón de baile, cuya araña es tan grande como la de nuestra ópera; la decoración interior es de un estilo Pompeya, algo clásico, las estatuas trascienden á academia, las colgaduras recuerdan el gusto del imperio. Pero el conjunto es deslumbrador y la reunión que allí se apiña es del mejor tono. La orquesta ejecuta walses y sinfonías alemanas, á las que la voz de los que cantan no temen mezclar algunas notas discordantes. Estos señores han elegido el idioma francés, aunque sus puntos pertenecen en general á la Alemania y á la Inglaterra. «*El juego está hecho, señores, ¡nadie pone más! ¡oros ganant ¡bastos pierden! ¡trece, negro, paso!*» He aquí las frases obligadas que salen de las tres mesas verdes, de las que la más concurrida es la del treinta y cuarenta. Causa admiración el número de damas lindas y personas distinguidas que se entregan á estos juegos públicos. Yo he visto madres de familia que enseñaban á sus hijos á jugar por los palos, á los mayorcitos les prometían ensayarse en las pintas. Todo el mundo sabe que el gran duque de Tessé es el pie más exacto del juego en Baden. Este principio lleva, según dicen, todas las mañanas 12,000 florines que pierde ó cuadruplica durante el día. Una especie de estafermo le sigue á todas partes cuando cambia de mesa, y permanece detrás de él, á fin de observar á los que están inmediatos. Al que se aproxima demasiado, dirige este inspector observaciones: «¡Caballero, incomodais al príncipe! ¡caballero estais haciendo sombra á las cartas del príncipe!» El príncipe no se vuelve, no habla, no ve. De seguro podrían herirle por detrás sin que su fisonomía demostrase saberlo. Solo que el estafermo os diría con el mismo tono glacial: «¡Vuestro pie acaba de tocar al príncipe, tened cuidado, caballero!»

«El sábado, el día de gran baile, un tabique divide el salón en dos partes desiguales, de la que la mayor se deja á las parejas de baile;

solo los abonados son recibidos en esta última. No podeis formaros una idea de las muchas espaldas blancas, rusas, alemanas é inglesas que vi en aquella reunión. Dudo que ninguna ciudad de Europa esté mejor situada que Baden para esta exhibición de bellezas europeas, donde la Inglaterra y la Rusia compiten en brillo y blancura, mientras que las formas y la animación pertenecen más á la Francia y á la Alemania. Allí, ¡aconde encontraría motivo de suspirar sin correr el mundo al acaso.

«Allí, don Giovanni formaría su lista en una hora, como una lista de restaurant, pronto á seducir en seguida á todas las que haya inscrito.

«¿Qué os diré, por otra parte, de ese baile, sino que son aquellos felices países donde se baila en el verano mientras los balcones están abiertos á la brisa perfumada, la luna riela sobre el césped, y refleja en lontananza en los azulados flancos de las colinas, cuando podemos irnos á respirar á ratos bajo las oscuras calles de árboles, y se ven las mugeres lindamente ataviadas constituir el adorno más bello de galerías y balcones? Estas tres cosas, belleza, luz y armonía, necesitan tanto del aire atmosférico, de las aguas y follaje, y de la tranquilidad de la noche. Nuestros bailes de invierno de París, con el ahogado calor de los salones, el aspecto fangoso de las calles, la lluvia que azota los balcones, y el terrible frío que nos espera á la salida, son una cosa bastante funebre. Y nuestras máscaras de febrero, no nos preparan mejor á la cuaresma que la muerte.

«Jamás, pues, ha habido un hombre rico en París, que haya concebido esta idea muy natural: ¡Un baile de máscaras en la primavera! Un baile que comience á las espléndidas luces de la noche; que termine con los tintes azulados de la mañana. Un baile donde se entra alegremente, de donde se sale con alegría, admirando la naturaleza y bendiciendo á Dios. ¡Máscaras sobre el césped, á lo largo de las azoteas, que vicién y desaparecen por los sombríos caminos, salones abiertos á todos los perfumes de la noche, cortinas que flotan al viento, bailes donde no falta el aliento, donde el cutis conserva su frescura! ¿Todo esto no es más que un sueño de jóven que la moda se negará siempre á tomar por lo serio? El invierno, ¿no tiene bastantes conciertos y teatros sin apoderarse también de los bailes y las mascaradas del estío?

«Pero digamos algunas palabras acerca de la fiesta del gran duque, á que asisti.

«¿Qué fiestas imaginar en una ciudad perpetuamente de función? El medio de distinguir este día sería no hacer ninguna, suprimir las orquestas, los bailes, los teatros, las iluminaciones de todas las noches. ¿Mas acaso tendremos paradas, grandes revistas? He ahí de lo que es bueno informarse.

«En efecto, la ciudad hace grandes cosas. A las diez, misa mayor y *Te-Deum*, tanto en Baden como en Sichtenthal; á medio día, revista, parada, marchas militares; por la noche una pieza de hadas en el teatro alemán, compuesta en honor del gran duque de Baden; todo el día cañonazos de cuarto en cuarto de hora; pero no poseyendo la ciudad ningún cañón, sospechamos se ha acudido á otro procedimiento para obtener esas detonaciones que se reproducen á lo lejos en las montañas.

«El camino de Lichtenthal se cubre de carruages, paseantes, ginetes; es todo el movimiento, todo el lujo, todo el brillo de un paseo parisiense. Lichtenthal es el Longchamps de Baden. Lichtenthal (valle de luz) es un convento de religiosas agustinas, que cantan admirablemente. Sus plegarias son cantatas, sus misas óperas. Este retiro romántico, esta cartuja ri-sueña, es, dicen, el asilo de los corazones lacerados. Allí van á curarse de los amores profundos; pásase allí una temporada de tres, seis, nueve meses con el dolor, pero ¿quién sabe cuanto tiempo puede sobrevivir el tratamiento á la curación?

«En verdad, es aquel un claustro de heroínas de leyenda, un monasterio con las ideas de Mad. Cottin y de Mlle. Riccoboni. Los edificios se apoyan en una montaña que á ciertas horas, proyecta en la ladera la tenebrosa sombra de los pinabetes. El río de Baden corre al pie de las murallas, pero no presenta en ninguna parte bastante profundidad para poderse convertir en tumba de una trágica deses-peración; su eterna voz se queja por entre las rojizas rocas; pero una vez en la tersa llanura, ya no hay más que una roca del Ligamon, una pacífica corriente del Tendre, á lo largo de la que van á bajar los corderos de la aldea, peinada su lana y adornados con cintas según el gusto de Vatteau. Ya comprendéis que los rebaños forman parte del material del país, y son conservados por el gobierno como las palomas de San Marcos en Venecia. Toda esta pradera que compone la mitad del paisaje se parece á la pequeña Suiza de Trianon. Como efectivamente, el país entero de Baden es la imagen de la Suiza en pequeño, la Suiza, sin sus ventiscas y sus lagos, sin sus frios, sus nieblas y sus ásperas subidas; es necesario ir á ver la Suiza, pero es preciso ir á vivir á Baden.

«La iglesia del convento está situada en el fondo del patio grande, teniendo á la derecha la casa del claustro, y á la izquierda, al volver la esquina, una capilla gótica nueva, donde están los sepulcros de los margraves y todos los vidrios históricos que se han podido recoger, y leyendas inscriptas en mármol. Ahora representaos una decoración interior de la iglesia de un Pompadour exorbitante, santas con trajes mitológicos, en las actitudes las más amaneradas del mundo, llevadas, sostenidas,

acariciadas por diablillos de ángeles, desnudos como amores. Las capillas son gabinetes; adornos grotescos se enlazan al rededor de encantadores medallones y de pinturas escogidas de Vantoo. Dos altares tan solo llevan la imaginación á ideas lúgubres, presentando á la vista religiosas muy bien conservadas de San Plus y de San Benedito; pero aun en eso se ha buscado el medio de hacer la muerte presentable y casi coqueta. Los dos esqueletos, bien limpios, barnizados, engastados con plata, yacen en un lecho de flores artificiales, musgo y conchas, en una especie de bandeja de espejos. Tienen coronas de oro y follage; un cuello de encaje rodea las vértebras de su cuello; y cada una de sus costillas está adornada de una cinta de terciopelo encarnado bordado de oro, lo cual parece una especie de ustillo calado del mas caprichoso efecto. El aspecto ridículo y penoso á la vez de esta mascarada de esqueletos, solo puede compararse al de las momias de un duque de Nassau y de su hija que se enseñan en Strasburgo en la iglesia de Santo Tomás. Es imposible despoetizar mejor la muerte ni mofarse mas amargamente de la eternidad.

«Al presente, resonad, notas severas del canto de iglesia, notas prolongadas y llenas que traducis esos idiomas del cielo, el idioma sagrado de Roma. ¡Organo magestuoso, esparce tus sonidos como oleadas al rededor de esa nave medio profana! ¡Voces inspiradas de las santas doncellas, lanzan al cielo entre el canto del angel, y el trino del ave! La multitud es grande y digna de asistir al santo sacrificio. Los extranjeros tienen el sitio de honor, ocupan el coro y las capillas laterales. Los habitantes del pais llenan modestamente el centro de la iglesia, arrodillados sobre la losa ó sentados en sus bancos de madera.

«Aquí comienza la misa mas singular que he oido jamás y que conozco, no obstante las misas italianas. Era una misa acompañada de violines y ejecutada muy alegremente. No tardaron en detenerse los cantantes, y las hermanas agustinas bajaron de una especie de gran camaranchou, colocado detrás del órgano y cubierto con una espesa celosía. En seguida no se oyó mas que una sola voz que cantaba una especie de aria, á la antigua usanza italiana. Eran giros, floreos increíbles, bordados capaces de hacer perder la cabeza á Mad. Damoreau y la voz á Mlle. Grisi. Esto acompañado de una música del tiempo de Pergolése lo menos. Ya comprendereis mi placer; á nadie quiero ocultar que aquella música, aquel canto, me transportaron al tercer cielo.

«Después de la misa, subí al locutorio: el locutorio no desdecía de lo demás; un verdadero locutorio de novelas, el locutorio de Marianne, de Melania, y aun si quereis, el locutorio de Vert-Vert. ¡Qué felicidad encontrarse en pleno siglo XVIII de repente y completamente! Desgraciadamente, no tenía ninguna reli-

giosa á quien llamar, y me contenté con ver pasar dos jóvenes novicias azules que llevaban crema de café á la señora superiora. Se vuelve á Baden siguiendo el curso del rio, ¡pero qué rio! No es navegable mas que para los patos; los gansos hacen allí pie casi en todas partes; no obstante, orgullosos puentes le atraviesan de todos lados, puentes de piedra, puentes de madera, y hasta puentes colgantes. No podeis imaginaros hasta qué punto atormentan aquel pobre hilo de agua límpida que nada queria mejor que ser simple arroyo. Han construido portazgos al otro lado de la ciudad, á fin de que cuando pase por allí presente mas superficie. Cuando se anunció en Baden la llegada del emperador de Rusia, se habló de echar algunos cubos de agua en el riachuelo para hacerle pasar al estado de rio.

«Mas dejemos en paz el pobre riachuelo de Baden-Baden, el pais menos línfático del mundo. Un rumor circula por toda la ciudad. ¿Qué sucede? Es el ejército del gran duque que atravesaba por el paseo: cincuenta hombres de caballería, cien hombres de infantería, ocho tambores y veinte y cinco músicos. Esta magestuosa revista me da una idea bastante pobre de la educacion militar de las tropas badenesas. Pero mas tarde supe que aquellos soldados no eran mas que honrados trabajadores del campo del pais, que van los dias de parada al castillo donde los visten, y en seguida devuelven fielmente aquel trage prestado. Las fuerzas militares de Baden no se componen en realidad mas que de doscientos uniformes un poco usados, con equipo completo, que queda á eleccion de la ciudad rellenar con cualquiera clase de figuras, cuando quiere dar á los extranjeros una idea de su poder.

«Las diversiones de la fiesta se reducian á las de todos los dias.

«Vamos á pasar á la pieza de circunstancias representada en el teatro alemán en honor del gran duque y su familia. Aquí sobre todo, es preciso alabar la intencion. Guirnaldas de flores y verdadero follage adornaban el antepecho de los palcos, cuyas bellas espectadoras adornaban mejor el interior.

«Levantado el telon, se adelanta una actriz en trage de Thalia, y pronuncia algun centenar de versos en elogio del gran duque reinante. Creíamos que la pieza se reducía á un monólogo, cuando otra actriz, vestida de Melpómene, llega á reprender á la otra porque no habla mas que del soberano actual y olvida á su predecesor. Entonces estas dos musas conversan en estrofas alternativas, como los pastores de la égloga, reproduciendo cada una los diversos méritos del soberano y de su padre. Luego se levanta un busto por una trampa del fondo de la escena, y las dos van á depositar en él guirnaldas. Una Gloria corona el todo, y llamas azules y rojizas acompañan este cuadro final. No era esto mas ridículo que la fiesta de la ceremonia de Molière en



Turena. — Pág. 453. — O.

el Teatro francés, pero lo era tanto. Una fuerte lluvia que ha caído toda la noche hubiera impedido los fuegos artificiales si los hubiese habido en el programa; lo cual sin duda haría que sintieran no haberlos anunciado los directores de la fiesta.»

## TURENA.

Me ajusté con un alquilador de carruages por tres thalers; mediante esta módica suma que corresponde á doce francos de Francia, tuve un carruage de cuatro asientos, y un conductor que se comprometió á detenerse en el sitio donde fué muerto Turena. Poética é históricamente es casi la única cosa que hay que ver de Baden á Strasburgo.

El camino que seguíamos para ir á Salzbach costea la Selva Negra, en cuyo lindero se interna algunas veces, pero para reaparecer casi al punto en el llano. Por lo demás, nada menos terrible, nada menos en relacion con su sombrío nombre, que aquellos lindos bosquecillos de verdura que se escapaban como una franja festonada de la vasta alfombra del Schwartzwald.

Almorzamos en Bühl; terminado el almuerzo, volvimos á subir en nuestro coche, y atravesamos aun dos pequeñas aldeas; en fin, el conductor detuvo los caballos á la entrada de otra, y se presentó á la portezuela anunciando que estábamos en Salzbach.

Apenas se detuvo nuestro carruage se precipitó hácia nosotros una multitud de niños; eran otros tantos cicerone que se ofrecían á enseñarnos el monumento de Turena, y que citaban á competencia el sitio, el día y la hora en que aquel gran general fué muerto; en efecto, hace ciento sesenta y tres años Salzbach vive con aquella muerte.

En medio de aquella multitud no tardó en presentarse con una gravedad que indicaba su rango, el cicerone con patente. Al verle, todos aquellos pequenuelos que habian querido apoderarse de nosotros, se dispersaron.

El cicerone nos ofreció enseñarnos primero la bala que mató á Turena. A esto respondí, que fiel observador de las leyes de la cronología, deseaba ver primero el sitio de su muerte, y despues la bala que la había causado; pero el cicerone, que queria desembarazarse de su bala, insistió de tal modo, que no creí deber contrariar á aquel buen hombre por cosa tan insignificante; por otra parte, reflexioné que, cronológicamente hablando, podría muy bien

tener razon, siendo la bala la causa, y la muerte tan solo el efecto.

Es una bala muy linda de á cuatro, muy limpia, muy insensible al parecer al honor que la han hecho de conservarla como una alhaja, y que no aparenta estar convencida de con el mismo disparo haber herido á un marqués y muerto á un grande hombre.

El guia me dijo al oído que por cierta cantidad, la aldea de Salzbach, muy apurada en aquel momento, consentiría en deshacerse de aquel precioso objeto. Este ofrecimiento, que me recordaba los que me habian hecho en Ferney y en Fontainebleau del baston de Voltaire y la pluma de Napoleon, me dejó, á pesar de lo que era de agradecer, en una impasibilidad completa. Respondí que estaba yo mas apurado aun que la aldea de Salzbach, lo cual, por tanto, me privaba del placer de prestarle aquel servicio, pero que conocia un inglés que poseia ya la bala que se habia llevado la cabeza al duque de Berwick, y que como estaba convencido de que agradecería sobremano tener la pareja, le enviaria á Salzbach, si tenia el honor de encontrarle en mi camino. Esta respuesta me pareció tranquilizar algun tanto á nuestro cicerone acerca de la futura colocacion de su proyectil.

Nos pusimos en camino conducidos por él, y despues de un cuarto de hora de marcha, llegamos al sitio donde, despues de tres meses de marchas y contramarchas, llegando en fin á aquel punto donde la ventaja de su posicion le presentaba todas las probabilidades de la victoria, Turena, visitando una batería que habia mandado establecer, fué muerto por una bala, que despues de haber rozado el tronco de un nogal, y llevádose el brazo del mariscal Saint-Hilaire, fué á atravesarle el pecho. Turena cayó como habia caído el mariscal de Berwick, sin pronunciar una sola palabra.

El nogal existe aun, y el cicerone, llevando hasta el extremo desempeñar sus funciones con conciencia, intentó enseñarnos en su tronco nudoso y seco la señal de la bala austriaca.

En el sitio donde murió Turena, se elevó un monumento. El reconocimiento de Luis XIV habia vencido el odio de Louvois; verdad es que era una simple piedra, con esta triple inscripcion en francés, latin y aleman.

*Aquí fué muerto Turena, el 27 de julio de 1675.*

El 27 de julio de 1829, el ciento cincuenta y cuatro aniversario de ese gran suceso, el rey Carlos X, sin pensar que tocaba él mismo al destierro, solventó la deuda que el mezuino monumento de su abuelo Luis XIV no habia pagado mas que á medias. Una columna de granito gris, de una sola pieza, y alta de veinte y cuatro pies, se erigió en el mismo